

fosos para esconderse, y daban á huir para que descuidados con el alcance diesen en manos de los escondidos: seguian la victoria hasta que los contrarios hallaban donde fortificarse. Muchas veces viendose vencidos, se sujetaban por vasallos, y si su señor no queria sujetarlos, ellos mismos le daban la muerte por no ser quemadas sus casas, y destruidas.

Procuraban con singular esmero conservar la union de las tropas, defender el pendon ó bandera, y retirar los heridos y muertos de la vista de los enemigos. Este estandarte se llamaba en mexicano *Tlahuizmallaxópilli*: era una red de oro puesta en la punta de una lanza muy alta que se alzaba cerca de diez palmos sobre la cabeza del que la llevaba para ser vista de todos, y para ello, y elevarse mas el general iba sentado en una litera ó andas que le daba mayor elevacion. Mientras el general no moria ó se conservaba aquella insignia en el centro del ejército, este continuaba la accion; pero sucedida una de estas cosas, se ponía en dispersion como sucedió en Otumba cuando Cortés se vió precisado á sostener allí una accion que salvó los restos miserables de su ejército, y en cuya ocasion se acordó de que esta era máxima militar de los Mexicanos, por lo que atacó denodadamente al general *Cihuacatzin* que llevaba el pendon, á quien derribó de un golpe de lanza, y puso á los Mexicanos en total dispersion. No puede dudarse que los Mexicanos tenian una verdadera y fina táctica militar, así para la guerra ofensiva, como para la defensiva, sometiendo á una ordenanza rigurosa á la que debieron sus triunfos sobre las demás naciones que en poco tiempo subyugaron, y así lo he demostrado á W. en la reseña que les hice de sus leyes civiles y militares (*). Cautivar á un enemigo era mayor hazaña que matar diez: si el Rey lo hacia por sí mismo, recibia plácemes de las provincias, y el desgraciado á quien cabia tal suerte, era mirado como hijo del Rey, ornado con ricas joyas, y llevado con ellas y gran pompa al sacrificio que por señal honrosa lo ejecutaba, no un sacerdote comun, sino el gran sacerdote que hacia con la sangre de la víctima una aspersion por los cuatro vientos del templo, y mandaba un vaso de ella al Rey, para rociar todos los ídolos que habia en el Cú, en accion de gracias por semejante victoria. Enfilaban (dice, el P. Clavijero (**)) la cabeza en un palo altísimo, y cuando se habia secado el pellejo lo rellenaban de algodón, y colgaban en algun sitio de palacio para re-

(*) *Conversacion Undécima, tom. 2.*

(**) *Pag 337 tom 1.*

uerdo de un hecho tan glorioso, en lo que no tenia poca parte la adulacion. En los asédios de las ciudades, la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro sus hijos, mugeres, y enfermos que enviaban oportunamente á otros pueblos ó á los montes, para salvarlos del furor de los enemigos, y que no consumiesen inútilmente los víveres de la guarnicion. Terminada una accion de guerra, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficiales y soldados que habian hecho prisioneros. Para dar á V. una idea exácta del modo con que tenian organizada su milicia los Mexicanos, seria necesario hablar mucho, y entrar en pormenores que le haria fastidiosa mi conversacion.....

Myladi. De ninguna manera: esos ápices y pormenores que parecen despreciables á los ojos comunes, no lo son para el que estudia el carácter y costumbres de una nacion, y hace comparaciones exáctas de ella con otras de las que los políticos sacan consecuencias, que tarde ó temprano son de gran provecho, y así nada nos oculte V., y sepa que en ello nos dá placer. La nacion Mexicana está destinada para hacer un gran papel en el mundo, y de la antigua deben hacerse averiguaciones tan menudas como las que hizo Anacársis de la Griega.

Doña Margarita. Bien. Pues tomemos al Mexicano desde su infancia, y sigámosle los pasos en su educacion militar hasta verlo colocado en el trono por sus hazañas en la guerra. A la edad de 12 años entraban los niños en el colegio llamado *Calmeac* donde se les daba una educacion moral y civil muy severa; alimentábanse con alimentos groseros; sacábanse sangre del cuerpo con espinas de maguey en ciertos tiempos; dormian á raiz en los petates, y apenas se cubrian con una manta ligera; muchas noches eran levantados, y á pesar de la rigidéz del tiempo les hacian bañar y nadar en estanques de agua fria, barrer el templo que estaba contiguo al *Calmeac*, y ejercitarse en los oficios mas rudos y penosos de un ganapan, llevando siempre por objeto formarles una complexion fuerte, y esta educacion era verdaderamente *gymnástica*. Allí se les enseñaba (dice el P. Sahágun) (*) todas las cosas necesarias, tanto para la defension como para la ofension de sus enemigos. En llegando á 20 años, llevábanlos á campaña; mas antes de esto, sus padres y parientes convidaban á los capitanes y soldados viejos, hacianles convite, dábanles mantas, maxtles labrados, y les rogaban tuviesen mucho

(*) *Tom. 2. cap. 37*

cuidado y cargo de aquel mancebo en la guerra, enseñándole á pelear y amparándole de los enemigos, y luego lo llevaban consigo ofreciéndose alguna guerra. Trabandose la batalla no le perdian de vista, y enseñábanle á los que cautivaban á los enemigos, para que así lo hiciese él. En los areytos ó bailes que tenian frecuentemente, que no eran otra cosa sino recuerdos gloriosos de las acciones guerreras de sus mayores, eran excitados á su imitacion. En sus juegos pueriles figuraban simulacros de acciones militares; en fin, esta educacion era de todo punto militar, y puedo decir á W. que cuando un joven salia del *Calmecac*, ya iba formado para la campaña con toda la teoría de la milicia que allí iba á poner en ejecucion. Veamos ya los grados militares por donde subian los que debian llegar á las altas dignidades de la república. Cuando eran pequeñuelos, andaban motilados ó tusada la cabeza: llegando á los diez años, les dejaban crecer una güedeja en el cogote que llamaban *Mocuexpaltia*. A los quince tenian la güedeja larga, y les llamaban *Cuexpachicuepul*, porque ninguna cosa notable habian hecho en la guerra; y si en esta acontecia que cautivaban á un enemigo, entonces le cortaban la güedeja, y esto era señal de honra. Cuando entre dos, tres ó mas cautivaban á un enemigo, dividíanle de esta manera; el que mas se habia señalado en esta accion tomaba el cuerpo del cautivo, el muslo, y pierna derecha; el que era el segundo, tomaba el muslo y pierna izquierda; y el tercero, tomaba el brazo derecho, y el cuarto el brazo izquierdo desde el *codo arriba*. El que era el quinto, tomaba el brazo derecho desde el codo hasta abajo, y el sexto tomaba el brazo del mismo modo; y cuando le quitaban la güedeja del colodrillo, dejábanle otra sobre la oreja derecha que se la cubria de un solo lado que era el derecho, y con esto parecia que tenia otra presencia mas honrada, y era señal de que en compañía de otros habia cautivado á alguno, y por haberlo hecho con compañeros y haber dejado la güedeja en señal de la honra le saludaban sus parientes diciendo: „Ah! te ha lavado la cara el sol y la tierra: ya tienes otra, porque te atuviste y esforzaste á cautivar en compañía de otros.... mira que valdria mas perderte, y que te cautivasen tus enemigos, que no que otra vez cautivases en compañía de otros, porque si esto fuese, pondriante otra güedeja de la parte de la otra oreja que parecieses muchacho, y mas te valdria morir que acontecerte esto.”

El mancebo que aun teniendo güedeja en el cogote iba á la guerra dos ó tres veces, cuando volvia sin cautivar por sí ni en compañía, llamábanle por afrenta *cuexpachicapul*, que

tanto quiere decir como *bellaco*, que tiene güedeja en el cogote, que no ha sido para nada en las veces que ha ido á la guerra: esto era una grande afrenta para él, y por lo mismo se esforzaba á arrojarse sobre sus enemigos, para que siquiera en compañía de algunos cautivase. Cuando estos tales en compañía de otros cautivaban algun enemigo, quitábanles la güedeja, y echábanles un casquete de pluma (como peluca) pegado á la cabeza; y á los que no cautivaban por sí, ni en compañía ni de otra manera, no les quitaban la güedeja, ni tampoco les ponian el casquete, sino que les hacian una corona enmedio de la cabeza, lo cual era suma afrenta. Si este á quien hicieron la corona por afrenta vivia de su hacienda, y no cuidaba de ir á la guerra, á éste no le era lícito traer manta ni maxtle de algodón, sino de *ixtli* ó *pita*, y sin ninguna labor, y esta era la señal de que era villano. El mancebo que la primera vez que entraba en la guerra y por sí solo tomaba alguno de sus enemigos, le llamaban *Telpuchilitaquillamani*, es decir *mancebo guerrero y cautivador*, lo presentaban al emperador para que fuese conocido por fuerte, y éste le daba licencia para que pudiese teñir el cuerpo de color amarillo, y la cara con colorado toda ella, y las sienas tambien con amarillo, operacion que practicaban la primera vez los mayordomos del monarca en señal de honra. Cuando ya estaba teñido de este modo, el emperador le concedia algunas dádivas, que consistian en una manta con listas de color morado, y otra labrada con ciertas labores; dábale tambien un maxtle largo labrado de colorado, y otro de todos colores. Estas eran insignias de honor, y de allí en adelante tenia licencia de traer maxtles y mantas siempre labradas. Al que cautivaba por sí tres enemigos, no solo le daban dones, sino tambien autoridad para tener cargo en la guerra, y para que fuesen elegidos por maestros de educacion en el *Tecpuchcalli*. Autorizábaseles igualmente para que mandasen á los jóvenes que fuesen á cantar á la casa donde tenian escoleta de noche. Al que tomaba por sí cuatro enemigos, se le cortaban de órden del Soberano los cabellos como á capitán, y le llamaban el capitán *Mexicatl*, ó el capitán *Tolnaoatl*. Podian en adelante usar, en los estrados que ellos usaban, de petates é *Icpales* en la sala donde se sentaban los valientes; éstos tenian barbotes largos, orejeras de cuero, y borlas en las cabezas con que estaban compuestas. A los que cautivaban por sí á seis, siete, ó diez enemigos, si eran *Cuextecas* ó *Tenimes*, no por eso se colocaban entre los principales dichos, únicamente les llamaban *Capitanes*, pues para subir á la hon-

ra de los ya nombrados era necesario que cautivasen soldados de *Alixco*, de *Huexotzinco*, ó de *Tliliquitepec*, porque eran los mas valientes enemigos que tenian los Mexicanos, á éstos se les llamaba con el nombre *Quauhiacatl*, ó como si digéramos *Aguila que guia*: á estos se les regalaba un barbote largo, verde, y borla para ponerse en la cabeza con listas de plata entrepuestas en la pluma de la borla: tambien se les daba orejeras de cuero, y una manta rica llamada *Cuechintli*, ó la que conocian con el nombre de *Chicoapaluacazminqui*, ó sea, manta teñida de dos colores, la mitad de uno, y la otra mitad de otro de esquina á esquina, y una manta con correas colgadas y atadas sembradas por toda ella. Cuando alguno cautivaba á dos enemigos de *Alixco* ó *Huexotzinco*, éste era tenido por terrible y valentísimo, y lo premiaban con un barbote largo, de ambas orillas, y otro de chalchivite ó esmeralda verde, y usaba de entrambos. Hé aquí, señores, de manifiesto el alto aprecio que hacian los Mexicanos del valor, y la sobriedad con que lo usaban para alentar á los soldados. Las señales dichas que hoy nos parecen *ridículas*, eran tan estimables, como lo son entre nosotros los grados, los escudos, las espadas de honor, las cruces, la *Legion llamada de honor*. Desengañémonos, todo en el mundo pende de la fantasía, que es la que avalora las cosas mas insignificantes y caprichosas. ¿Qué hazañas no ejecutaban los Romanos por optar una corona de mirto, de hojas de encino, ó de laurel? Ellos hacian tambien una distincion entre los enemigos con que combatian; así como los Romanos la hicieron entre los afeeminados Asiáticos, y los terribles Galos. Pompeyo fué vencedor de aquellos, y César de estos, y bien sabeis la diferencia con que se han graduado ambos generales, aunque ambos fueron tan ilustres como esforzados. El antiguo Mexicano era soldado desde la cuna. Al tiempo de bautizarlo (como otra vez os he dicho), se le ponía en las manos una pequeña macana, un arco, rodela y flechas, para enseñarle desde entonces que era un soldado de la patria. ¿Qué os admiráis, pues, de que un puñado de hombres formados sobre tales principios, y reducidos á unos carrizales de la laguna, hubiesen enseñoreádose en tan poco tiempo, de todo este continente? Esto hicieron los Mexicanos, enseñados y nutridos con las máximas militares de aquellos Espartanos que asombraron al mundo, y que aun hoy se recuerdan con admiracion, y esto harán siempre que se les ponga en la carrera del honor. El espíritu de hoy es igual al que mostraron en aquellos siglos llamados impropriamente bárbaros, y por-

que no hablaban el idioma de las naciones de Europa, ni tenian sus costumbres. ¡Ah! ¡Qué gran chasco se han llevado esos ingratos *Texanos*, que despues de haber desconocido las leyes de la hospitalidad, y las obligaciones que produce esta virtud hija del cielo, han osado insultarnos, han pretendido usurpar nuestras posesiones, y nos han declarado la guerra, fiados en su corporatura colosal que creyeron impondría á hombres moderados y sencillos! Ya lo han visto, ya han probado el valor de nuestra gente en cuantas acciones nos han dado, ó recibido de nosotros; hoy está aun humeante la sangre que hemos derramado de ellos mismos en sus atrincheramientos y fortificaciones; jamás olvidarán el terrible asalto del *Alamo*, en que la espada de Santa Anna no perdonó mas que á un infeliz negro esclavo, y á una pobre muger....

Myladi. Efectivamente, el chasco de los Yanquis les ha salido caro, y este desengaño no será el último. Desearía saber ¿con qué trage se presentaba el Rey de los Mexicanos en campaña, para ser conocido en su ejército?

Doña Margarita. Segun el P. Clavijero (*), llevaba además de su armadura, ciertas insignias particulares, á saber: en las piernas unas medias botas cubiertas con planchuelas. En los brazos otros adornos del mismo metal, y pulceras de piedras preciosas: en el labio inferior una esmeralda engarzada en oro: en las orejas, pendientes de lo mismo: al cuello una cadena de oro y piedras: en la cabeza un penacho de hermosas plumas que caían sobre la espalda (**). Generalmente los Mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra eran pulidos, airosos, y tenían en su campo el mismo aire que los Griegos en el de Troya; ¡ojalá llegué un dia en que un pincel atrevido presente en nuestras galerías las hermosas vistas de Netzahualcóyotl triunfante en Atzacapotzalco, á *Tlacaelelel* intimándole la guerra á *Mazla*, y mil otros pasages en que brilló el valor, la arrogancia, y denuedo de nuestros antiguos héroes!.... aquí po-

(*) Pág. 330. tom. I.

(**) Cada una de estas reales insignias [dice por nota el P. Clavijero], tenía su nombre particular: las botas se llamaban *Cozehuatl*: los brazaletes *Matemecatl*: las pulceras *Matzopeztli*: la esmeralda del labio *Tentetl*: los pendientes *Nacochtli*: el collar *Cozcapetatl*, y la principal insignia de las plumas *Quachietli*. Tambien los *Tlaxcaltecas* usaban botas en campaña, segun *Chimalpain*.

dré exclamar con Horacio *quando ego te aspiciam? quandoque licebit!* No será yo la que vea emplearse las bellezas de este arte mágico en objetos tan grandiosos.

Myladi. Parece exacta y curiosa la idea que V. nos ha dado de la milicia Mexicana, de su organización, y premios con que se alentaba el valor: desearía saber qué armas usaban aquellos guerreros, pues esto debe tener lugar en su historia militar, y formar una parte esencial de ella.

Doña Margarita. Harélo con gusto el día de mañana pues hoy ya es tarde, y nos hemos detenido mas tiempo del regular; y así queden W. con Dios.

CONVERSACION DECIMANONA.

Doña Margarita. La conversacion de hoy debe apoyarse en las relaciones que tenemos de los conquistadores españoles, que como duchos en la guerra, sabian calificar la naturaleza de las armas de los enemigos con quienes se batieron, y despacharon algunos centenares al otro mundo: serán por lo mismo exactas, y W. no dudarán darles asenso.

Myladi. Es claro, porque hablan en asunto propio, y de su facultad.

Doña Margarita. Segun ellas, habia armas defensivas y ofensivas. Las primeras (dice Clavijero remitiendose al conquistador anónimo (*)), comunes á nobles, plebeyos, oficiales y soldados, eran los escudos que llamaban *chimalli*, y eran de diversas formas y materias. Algunos eran perfectamente redondos, y otros solo eran en la parte inferior. Los habia de *otate* ú *otatli*, ó cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón, y cubiertas de plumas, y los de los nobles de hojas delgadas de oro: otros eran de conchas grandes de tortuga, guarnecidos de cobre, plata ú oro, segun el grado mi-

(*) Este era Francisco de Terrazas, mayordomo de Cortés, hombre de juicio, testigo presencial, y recomendado por el Sr. Zurita de veraz.

litar, y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes, que cubrian todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando no, los doblaban y ponian bajo del brazo á guisa de nuestros paraguas. Probablemente serian de cuero, ó de tela cubierta de ule, ó resina elástica. Los habia tambien muy pequeños, menos fuertes que vistosos, y adornados de plumas; pero estos no servian en la guerra, sino en los bailes que hacian figurando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales, eran unas corazas de algodón, de uno y aun dos dedos de grueso, que resistian bastante bien á las flechas, y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los Mexicanos. El nombre *Ichcahuepilli* que estos les daban, fué cambiado por aquellos en el de *Escaupil*. Sobre esta coraza que solo cubria el busto, se ponian otra armadura que además del busto cubria los muslos, y la mitad del brazo. Los señores solian llevar una gruesa sobreveste de plumas sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y plata dorada, con la que no solo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y espadas de los españoles. Además de estas prendas que servian de defensa al busto, brazos, muslos, y aun á las piernas, metian la cabeza en una de tigre, ó de serpiente hecha de madera, con la boca abierta, y enseñando los dientes para inspirar miedo al contrario.

Myladi. Un campo de batalla en que se me presentaran semejantes figurones, me parecería mas bien una farza que un campo de guerra, y mas me harían reir que temer.

Doña Margarita. Eso se me hace difícil de creer. Si yo me viera en medio de esos hombres como si estuviese en medio de una manada de castores, ó de Urang-Utanes que á nadie dañan, desde luego estaria divertida; pero hallandome entre esos figurones, que á lo horrible de sus cataduras agregan el furor de unos demonios, lanzan flechas, arrojan piedras y dan sendos macanazos que dividen un cuerpo á cercen, como quien taja un requeson; me vería en el mayor conflicto, y no sabria donde meterme.

Mr. Jorge. Ha respondido V. discretamente.

Doña Margarita. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por este medio dar mayor talante, y realce á su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que el que en la cintura se ponian por decencia; pero fingian el vestido que les faltaba por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. De esto se han maravillado los historiados.